

## Ausencia de cuchara

Leslie Aleida Pérez Ortiz  
Estudiante Licenciatura en Letras Españolas, UACH  
aleidaperez248@gmail.com

El ambiente se sentía desolado con el gobierno de la pesada alma. Viento gélido mueve las ramas desnudas y la incesante nieve reclama los suelos. La casa antes marrón ya solo es nívea por la falta de misericordia, siendo el par de caminos nacientes de la cochera ya casi invisibles. Dentro se reproduce una melodía sincopada, acompañada por el crepitar en la chimenea, donde su fuego se mueve al son de las velas. La cera se escurre de manera lenta mostrando el tiempo de vida de las llamas. Una repetición similar ocurre con la botella de vino destapada, cuyo empañó incita la unión de las gotas que escurren como llanto por las mejillas.

Pero lo más destacable eran aquellos platos con su vaho elevándose, dejando salir el delicioso aroma de la cocina hogareña. Rebotan de un líquido rojizo, con sus hortalizas flotando a los costados de lo que alguna vez fue un pollastre. Con total disposición de hacer entrar en calor a su consumidor, pero seguirá esperando a ser degustado en su totalidad. Su carne y verduras no podrán ser saboreadas de igual manera, no habrá un disfrute de estas a la par de sus extractos.

Y como todo existe un final. Las velas al igual que la chimenea se consumirán a sí mismas, la húmeda capa del vino dejará de estar presente y cuando la música se distorsione, avisará de su último aliento. Así será el culmino de todo, igual a la persona que no comerá el platillo, donde ambos se despedirán del calor que siempre llevan, del vaho de su alegría extinto, siendo dominados por la repentina frigidez.

## Revelaciones de un corazón enamorado

Leslie Aleida Pérez Ortiz  
aleidaperez248@gmail.com

**15 de junio de 1986**

En mi familia siempre que hablaban de sus parejas comenzaban asegurando que todo había sido amor a primera vista, a mí me parece algo tan absurdo como irreal. Uno no puede despertar sentimientos tan pronto por una persona de quien desconoce hasta el nombre, sus gustos y manías. Simple y sencillamente es imposible. Pude haber pasado mi vida con amargura jurando esto, hasta que apareciste tú.

Te veías tan perdida en el club de tenis secando el sudor de tus manos en la tela del uniforme. Fuera de mí, en lugar de negar la llama interna, me acerqué a ti y, confirmando mis sospechas de que eras nueva, con el orgullo moviéndome, ofrecí mi ayuda en tu primera clase. Aunque era de mañana, podía ver el atardecer adornando tu piel al sentir mis manos guiarte, tu voz como eco temblando por equivocarte, como tus perlas se aferraron a la suave frambuesa de tu boca al pisarme. Pero lo que más había sentido era la flecha que me atravesaba. Fue cuando supe que lo único que quería era compartir la primera y última vez. Todo por ver un capullo de rosa.

**22 de junio de 1986**

Quién diría que en este poco tiempo nuestra relación sería así de cercana, de manera tal que me invitaste a tu casa donde conocí a tus padres con sus sonrisas que más de uva albillo, eran de una crispera. A lo largo de los pasillos las miradas afiladas me siguieron desde las rejas de sus marcos, postrados en paredes y muebles ardiendo con el fuego santo, hasta llegar a la seguridad de tu alcoba donde cerraste la puerta.

Tu habitación no tenía lujos, pero era tan acogedora como tus brazos. La pasamos riendo contando de nuestras vidas y con unos juegos de mesa que nos hacían ver como equipo en lugar de contrincantes. Era predecible viniendo de ti, interviniendo tu esencia de pureza que no permitió a mi patético ser acabar en la ruina, ni siquiera en un juego.

Mientras mezclaste las cartas me aferré a la almohada preguntándome qué tan diferente sería todo si en lugar de Adán solo fuera Lilith con Eva, y si aun hubieras dejando puesta la cerradura en la puerta.

**26 de septiembre de 1986**

Quedamos en ir a la feria este martes por lo que nos sorprendió la cantidad de personas que había en un día hábil. Me llevaste de arriba abajo en los juegos y la pasamos genial hasta que bajamos de la montaña rusa. La melodía de tu canto se había cortado por la falta de mi tono. Te miraste tan preocupada como culpable por mi nueva palidez que solo corríste a buscarme un manjar azucarado, pero verte marchar entre el tumulto me hizo sentir peor.

Sigo sin tener idea de cuánto caminé en aquel momento, si perdí de alguna manera la conciencia y mis pies anduvieron por su cuenta. No te encontraba en aquellos momentos, no salió voz de mi garganta para llamarte y por más que miré a todos lados esperando ver tu vestido rosa por alguna parte jamás apareciste. Simplemente no llegabas, así que continúe intentando que el pánico no despertara y provocara mayor torpeza.

Estaba vacío pues a esas horas algunos puestos decidían cerrar. Todavía no tenía señal tuya, el malestar por las atracciones se había desvanecido y cuando del terror estaba por hacer lo mismo te vi. Las ondas de tus volantes me dejaron en un trance, terminado por el alivio del cielo de tus iris. Jamás olvidaré ese golpe, que sin darme tiempo a reaccionar te lanzaste a mis brazos acabando en par en el suelo, tan cerca de mi rostro que sentía lo cálido de tu aliento. Me sigo preguntando si tus labios sabían a cereza porque esperabas ese momento tanto como yo.

**8 de febrero de 1987**

Sabía que eras vigorosa y deslumbrante, pero en aquella fiesta me tomaste por sorpresa, llegué a desconocerte. Delante de todos me llevaste de la mano en la pieza lenta y guiaste las mías volviéndote ahora en la maestra, te encargaste de mis dudas y temores ante los juiciosos que nos rodearon, pero el jazmín de tu cuello nos separó del resto en la burbuja de tu acurrucado. Cuando terminamos pareció que mirabas en burla a todos, huyendo del lugar al arrastrarme.

El parque jamás había sido tan hermoso como esa noche con tu vestido oscuro brillando en reflejo del astro, opacado por tu danza a la melodía del silencio y hubiera visto más de haber contenido mis pensamientos. Aunque no me arrepiento de ceder a la tentación que nos condujo hasta tu casa. Pues desde que te había visto imaginé cubrir la blancura de tus pétalos en tinto, mas inesperada había sido tu iniciativa de guiar las riendas, ocultándonos tras las cortinas de almizcle. 16 de marzo de 1988 Volviste luego de un mes de tu retiro, te esperé con ansias, pero solo vi mi flor vuelta dalia. No era mi brazo en la fineza de tu cintura y el cielo, que antes era solo mío, se nubló cuando viste mi presencia, la cual ignoraste siguiendo tu camino. Quise gritarte en ese momento, correr detrás tuyo sin comprender lo ocurrido, quería que me tomaras y me aseguraras que todos estos años no fueron invento mío. Me quedé de pie sin moverme hasta el anochecer en que mis lágrimas secaron, con la lastimosa esperanza de que volvieras a mi lado. Pero no sucedió. Pasé sin juntar las pestañas lo que siguieron de las horas en el mutismo de la alcoba que en ese tiempo perdió tu aroma. Di más vueltas en mi cabeza que mi cuerpo en el colchón ya salado, helando con la brisa colada en la ventana que tú siempre cerrabas. Dejando el ramo maltratado en los suelos compitiendo con lo marchito de mi espíritu.

**21 de abril de 1988**

Tomé el valor de ir al final de la misa con la ilusión de no verte marchar sin cruzar palabras, pero solo sentí nauseas. Hincada con la misma persona de tu regreso que estaba esperando a tu lado mientras terminabas de pedir perdón. Al salir te aferraste a su mano como hacías con la mía, mientras de su boca salían ánimos por el bien de tus actos.

Los seguí como si el dolor fuera un premio, captando el color de tus labios brillantes de ese sabor cereza que sabías acerca de las tantas dudas y gozos que dejaron en mí. Pero dime ahora si él sabe de lo que ocultas bajo tu blancura de estramonio.

**9 de junio de 1988**

Ni capullo, dalia o datura, solo veo una azucena descansar como mis cartas. Cada persona que prometía amarte vino a mirarte dormir, pero no es como solías verte al ocultarnos de los santos. Tu piel es más pálida, aunque luzca el maquillaje de quienes te arreglaron, tus cabellos usualmente revoltosos son lacios en un acomodo perfecto, mientras el vestido blanco permanece sin alguna arruga y ninguno de tus listones se encuentra caído.

Mi dulce liliun, el carroñero no ha venido y de eso tu familia se ha dado cuenta envenenando su nombre, ni quién supiera que se volvió carroña con una pizca de su misma ponzoña. Si tan solo se hubiera negado a beber en pétalos de aquella fuente de vida, la luna negra jamás le habría consumido. Y aunque ahora recibo abrazos del resto créeme, que no olvido la realidad de que son espinos.

Estoy sin palabras que no encuentro cómo despedirme de ti, luego de tanto amor y aventuras, las cuales nunca podremos repetir. Tierno lirio, supongo que solo me queda agradecerte por dejarme formar parte de cada primera vez. Siendo el inicial roce entre carne y fruto el comienzo... y dando fin con el cielo de tus gritos serafines, fulminados en la súplica de misericordia en tu dulce estertor.